

GABRIEL.

Pensais cuerdamente, verdad á decir.  
Mas pronto veamos á ese hombre, que en vano  
Seráns la astucia sin fuerza mayor.

DOÑA ELVIRA.

Vereisle, y con maña traedle á la mano,  
Y no olvideis nunca que el cebo es mi amor.

Abrió la dama á Don Juan  
La puerta do se escondia,  
Y anudóse terciando él  
La plática interrumpida.

DOÑA ELVIRA.

Don Juan, llegó ya el momento  
De probar vuestra aficion,  
Que abriros mi corazon  
Esta misma noche intento.  
Delante de vos teneis  
Quien órdenes os dará  
Y las puertas abrirá  
A las lanzas que traeis.  
Con él lo tratareis todo,  
Y pues que sois tan mi amigo,  
Tratar con él ó conmigo  
Del caso es lo mismo todo.

DON JUAN.

No hay cosa, señora mia,  
Que yo no arriesgue por vos:  
Mas pluguierame, por Dios,  
Otra mejor compañía.

DOÑA ELVIRA.

Mas si firme en vuestro amor  
Como me decís me amais,  
Que en sus manos os pongais  
Paréceme lo mejor.

DON JUAN.

Si el fin habeis de ser vos,  
Me pongo sin vacilar,  
Y si en ello he de pecar  
Que me lo perdone Dios.

GABRIEL.

(¡Sandio de él! Razon tenia  
La Elvira) ¡Sabreis decir  
En cuánto tiempo venir  
Vuestra gente aquí podría?

DON JUAN.

Dentro de veinte y cuatro horas,  
Aunque hubieran de asaltar  
Las murallas para entrar.

GABRIEL.

Como salgan vencedoras  
Vuestras lanzas, aseguro  
Que podrá cada soldado  
Llevar el sable colgado  
En cadena de oro puro.

DON JUAN.

Y no les vendrá muy mal,  
Porque las contribuciones

Hacen que de sus raciones  
Deba un mes á cada cual.

GABRIEL.

Dos les daré adelantados,  
Y pagaré el que debeis.

DON JUAN.

Y os juro que bien hareis,  
Que dineros dan soldados.

Hablaron unos momentos  
La dama y el prestamista,  
Y volviéronse á Don Juan  
Con irónica sonrisa.

ELVIRA.

(A Gabriel) ¡Me entendéis?

GABRIEL.

(A Elvira) Está muy bien.  
¡No os parece á vos, Don Juan,  
Que si presa al leon le dan  
Tomará la que le den?

DON JUAN.

De esas razones no entiendo,  
Buen viejo, y á todo andar  
Yo me ofrezco á pelear,  
Lo demas os lo encomiendo.  
Y solo una condicion  
Pongo.

GABRIEL.

Podeisla decir.

DON JUAN.

Es que tengo de reñir  
Cara á cara, y no á traicion.

GABRIEL.

¡Oh! solo tendreis que hacer  
Centinela un poco larga,  
Y á lo mas dar una carga  
Si es que se osan defender.

DON JUAN.

Eso sí.

DOÑA ELVIRA.

Y por premio de ello,  
Si es que me dejais contenta...

DON JUAN.

Esa esperanza me alienta,  
Con que por todo atropello.  
Rubor me cuesta decillo,  
Mas por vos con mi pesar  
La vida pensé pasar  
Encerrado en mi castillo.  
Vuestra aficion cortesana  
Maldiciendo, solamente  
Salí á lidiar con mi gente  
Por no hacer vida holgazana.  
No quise ya ver ni oír  
Mas que lanzas y caballos,  
Y al cabo con mis vasallos

Como soldado morir.  
Direis que este amor silvestre  
Mejor estorba que obliga,  
Mas necesito ó mi amiga,  
O mi compañía ecuestre.  
Pues en el campo aun muy niño  
Os adoré, no os asombre  
Que aunque sin ventajas hombre  
Aun os conserve cariño.

DOÑA ELVIRA.

Así os amo yo, don Juan;  
Que á la fin me he convencido  
Que vos habeis merecido  
Solo mi amoroso afan.  
Porque el amor cortesano  
Es humo si bien presumo,  
Y el vuestro es fuego sin humo.  
Que quema si está cercano.

GABRIEL.

Vamos, que el tiempo es preciso.

DOÑA ELVIRA.

El cielo, Don Juan, os guarde.

DON JUAN.

¡Volveré á veros?

DOÑA ELVIRA.

Mas tarde:  
Para ello os enviaré aviso.  
(A Gabriel.)  
(¡Elegí bien?)

GABRIEL.

Lo confieso;  
De ese tronco se hace el puente,  
Y vadeada la corriente  
Le arruina su propio peso.

DOÑA ELVIRA.

Cuidado con qué se arruine.

GABRIEL.

Pues yo le he de fabricar,  
Ya veis que le he de dejar  
De modo que á caer se incline.  
Y dando en estas palabras  
Fin á tal conversacion,  
Salió Gabriel, y tras él  
Don Juan Zamora salió.  
Aquel soñando quimeras  
De política ambicion,  
Y estotro soñando hazañas  
Para conseguir su amor.  
¡Mas cuánto los pensamientos  
Del hombre efimeros son!  
Un soplo de viento puede  
Desbaratar el mejor.

Por un estrecho postigo  
Que da á oscuro callejon,  
De casa de Doña Elvira  
Salían ambos á dos  
Gabriel y Don Juan Zamora,

Con extrema precaucion,  
Para no hacer al salir  
Innecesario rumor,  
Cuando, volviendo la esquina,  
Ante ellos se presentó  
Un caballero embozado,  
Que les dijo en ronca voz:  
"Sin pasar mas adelante,  
"Muestren, hidalgos, quién son,  
"O cuerpo á cuerpo conmigo  
"En campo aquí mismo sois."  
Y echando mano al acero  
En medio se colocó  
Del espacio que dejaba  
Entre ellos el callejon.  
Entre los tres un momento  
Grave silencio reinó,  
Que al cabo rompió Gabriel  
Dando tal constestacion:  
Seais quien fuéreis, buen hombre,  
Necio es tal arrojó en vos,  
Pues está de parte nuestra  
Con la fuerza la razon.  
—Caballeros, está dicho,  
Repuso el otro: yo estoy  
En guardar ese postigo,  
Pues interesa á mi honor.  
—Ved que os podeis engañar.  
—Mirad que conozco yo  
Toda la gente que habita  
Esta casa; y si no sois  
O amigos, ó deudos de ella  
Contrarios en conclusion  
Sois míos: con que mostraos,  
U os doy por tales si no.  
—Como querais," Don Juan dijo;  
Y asiendo de su espadon  
Para el embozado fuése,  
Que á tajos le recibió.  
Siguióle Gabriel á poco  
Con la páfida intencion  
De embestirle de repente  
Finjiéndose mediador.  
Mas el caballero incógnito,  
Conociendo la traicion,  
Y siendo sin duda ducho  
En tales lances, se echó  
Contra la tapia, quedando  
Cara á cara con los dos.  
Don Juan se bate harto bien,  
Que es muy diestro reñidor;  
Y lo que en seso le falta  
Le sobra en el corazon.  
El tiempo de acometerle  
Gabriel aguarda traidor,  
Cuando le tenga en apuro  
De Don Juan la decision.  
Mas vano, pese á su astucia,  
El intento le salió,  
Porque es mucha la destreza  
Del osado retador.  
Y en el momento en que acaso  
Toca cerca la ocasion,

Un buen tajo de reves  
La muñeca le alcanzó.  
Soltó Gabriel un ¡ay! ronco  
Al repentino dolor,  
Volvió Don Juan la cabeza;  
Pero tiempo no le dió  
El bravo desconocido  
Para entender la razón  
De su grito, porque el pecho  
Atravesado sintió.  
De una distracción el punto  
Aprovechando veloz  
Metióse á fondo el incógnito  
Y en tierra á Don Juan tendió.  
Reinó el silencio un momento,  
Pero al alarmante son  
De los gritos de Gabriel  
El barrio se alborotó.  
Asomaron por las rejillas  
Ya una antorcha, ya un farol,  
Diciendo diversas voces:  
"Al asesino — Al ladrón."  
Y una rápida mirada  
Al caballero bastó  
Para ver que era Don Juan  
Víctima de su valor.  
Echóse, pues, al postigo  
Por donde salir los vió,  
Mas encontrando cerrado  
Por dentro el grueso portón,  
Y ya de cerca sintiendo  
De armas y gentes rumor,  
Con rapidez silenciosa  
La opuesta esquina ganó.

De política aquí, lector querido,  
La narración cansada interrumpamos,  
Y del cuento en mis libros prometido  
A la historia más placida volvamos.  
Tan larga introducción precisa ha sido  
Para que desde aquí nos entendamos,  
Pues anudado á ello lo restante,  
Sigue mi tradición de aquí adelante.

En una granja que las ondas riegan  
Del espumoso Tajo, y de los daños  
De la revuelta popular no llegan,  
Doña Inés de Zamora hace dos años  
Que vive retirada,  
De mundanos placeres olvidada.  
Viuda de un caballero  
De ilustrísima cuna,  
Madre no más de un joven heredero,  
Y dueña de una pródiga fortuna,  
Sus bienes administra rectamente,  
Y cuida el porvenir del hijo ausente.  
Noble matrona de costumbres puras  
Y pensamientos graves,  
Da gracias al Señor por sus venturas,

Y él de su corazón tiene las llaves:  
Y de su hijo el amor tan solamente  
Entra en su corazón, vive en su mente.  
El hijo, como hidalgo,  
Y en la opulencia y el poder nacido,  
Pues es forzoso que se ocupe en algo,  
Sus vasallos valiente ha reunido,  
Y en el distrito de su misma tierra  
A favor de su rey hace la guerra.  
Pérfidas compañías  
Y torpe inesperienza,  
Malearon tal vez, hace ya días,  
La política fe de su conciencia:  
Y acaso indignos de él, necios amores  
Le aprestan venideros sinsabores.  
Doña Inés no lo ignora,  
Y aunque mil veces le advirtió severa  
El precipicio adonde va, le adora;  
Y de los años y experiencia espera  
Que visto de su amor el desatino,  
Entre de su deber en el camino.  
En la fe de sus padres educada  
Y ciega lealtad de sus mayores,  
Teme que su alma joven conquistada  
Por los principios sea innovadores,  
Y engañado su hijo acaso olvide  
Lo que su religión y rey le pide.  
Y en este pensamiento embebecida  
Estaba como siempre, en aposento  
De su alquería oculto, y combatida  
Tal vez por interior presentimiento,  
Cuando dentro escuchó de su alquería  
Confuso estruendo, y sorda gritería.  
De su fiel mayordomo en tono recio  
Oyó la voz que á alguno amenazaba;  
Y otra que desconoce, y con desprecio  
A sus justas preguntas contestaba,  
Y abriendo de su cámara la puerta,  
Salió á ver del rumor la causa cierta.  
En los hombros sin capa, sin sombrero  
En la cabeza, y agua destilando  
De sus ropas, hallóse á un caballero  
Con sus fieles sirvientes disputando;  
Mas el supuesto de éstos desmentía  
Su traje militar y gallardía.  
"¿Qué es esto? preguntó la noble viuda.  
—Desventuras, señora,  
De un amante infeliz á quien no ayuda  
Ni el cielo, ni la ingrata á quien adora,  
Respondió el caballero  
En tono de dolor, triste y severo.  
—Veo que sois hidalgo en vuestro porte  
Y arreo militar: mi esposo en vida  
Lo fué también y frecuentó la corte.  
Vuestro afán decid pues, y si salida  
Puede dar una dama á vuestro apuro,  
De mi escaso favor estad seguro.  
—A solas ha de ser, porque aventuras  
De nobles caballeros  
No fio mucho yo que estén seguras  
En lenguas de pecheros;  
Y acaso serán tales  
Que á quien me ayude ser podrán fatales.

—Despejad." Y saliendo de la estancia,  
Dentro de ella con él á su señora  
Dejaron los criados, y á su instancia  
Ella volvió diciendo: "Hablad ahora,  
Señor soldado; vuestro duelo sepa,  
Y fiad en que haré cuanto en mí quepa.  
—Señora, oidme pues: há un año largo  
Que con mi rey partí para Alemania  
Al lado suyo con honroso cargo:  
Y una ingrata mujer dejé en España,  
Por quien ciego de amor, lloré al partirme,  
Jurándola volver al despedirme.  
Mas mudóla mi ausencia; y un amigo  
Que desde la niñez me fué constante,  
Del hecho me escribió como testigo,  
Que ocupó mi lugar pronto otro amante;  
Y que en tramas políticas metida  
Su suerte á la política va unida:  
Y otras razones mil, señora, escuso,  
Pues de vuestra atención veo que abuso.  
Volvíme á España enamorado y ciego  
De celos y furor; mas esperando  
En volver á encender su amante fuego,  
Y aun á mi amigo crédito negando.  
Llegué á Toledo, y por mis propios ojos  
La razón quise ver de mis enojos:  
De las nocturnas sombras al abrigo,  
Entré en su calle y espí su casa.  
Señora, perdonad si esto que os digo  
Aun los ojos en lágrimas me arrasa.  
—Seguid.

—Ví las ventanas de su cuarto:  
Mas verlas ¡ay de mí! pesóme harto.  
Las sombras ví cruzar tras los cristales  
De un hombre que con ella platicaba,  
Y noté para colmo de mis males  
Que un embozado la mansion rondaba  
Y en ella por postigo entró secreto  
Que en mi ausencia se abrió: y ¡ay! ¿con qué objeto?  
En un oscuro callejón desierto  
Les esperé gran trecho, y aguardara  
Años cabales hasta verle abierto,  
Y hasta que tal infamia ver lograra:  
Parecieron, por fin, dos juntamente,  
Y atajélos el paso airadamente.  
Yo no sé qué les dije, mas fuí breve,  
Y mi enojo no bien satisfaciendo  
(Como á todo un celoso audaz se atreve)  
A estocadas con ambos emprendiendo,  
Ya fuera mi razón, ya fuera el arte,  
A uno de ellos pasé de parte á parte.  
—¡Desdichado de vos!

—Estoy muy cierto  
De que yace sin vida:  
Mas las voces del vivo junto al muerto  
Trajeron gente y apelé á la huida.  
Mas sin duda mi pérfido destino  
Les marcó en las tinieblas mi camino.  
—¿Os siguen?  
—Sí; corrí sin guía alguna;  
Pero ví que era inútil mi trabajo,  
Y que me abandonaba la fortuna,  
Cuando á la orilla me encontré del Tajo.

La justicia detrás y este delante;  
Muerte por muerte la elegí al instante.  
Al agua me arrojé desesperado,  
Y sacóme mi esfuerzo á la otra orilla;  
Mas al tocarla, en el opuesto lado  
Ví llegar de corchetes la cuadrilla.  
Por las peñas trepé, y á esta alquería  
Llegué por fin.—Tal es la historia mía.  
Ahora, si noble sois, si habeis amado  
Algún día, señora,  
Por cuanto hayais en vida idolatrado  
No me desampareis en esta hora;  
Ved que es ciega la furia de los celos,  
Y vuestra compasión premien los cielos.  
—¿Al muerto conocéis?

—No.

—Fué un arrojó;

Mas no temais, que si el Señor me auxilia  
Salvo seréis, y lograré el enojo  
Callar y la razón de su familia.  
Venid, voy á ocultaros diligente,  
Que tal vez oigo ya rumor de gente.  
Dineros os daré con un caballo:  
Partid en cuanto partan por opuesto  
Camino, y medio tomaré si le hallo  
Para apartar de vos fin tan funesto.  
Venid; pues que fiais en mi nobleza,  
No burlaré por Dios vuestra franqueza."

Y hablando así la viuda generosa,  
En camarín secreto le escondía  
Mientras entraba en turba tumultuosa  
La justicia del rey, por su alquería.

Con grandes voces se meten  
Por los cuartos adelante  
Los corchetes y ronderos  
Con antorchas y con sables.  
"¡Hacia aquí tomó camino!  
¡Aquí debió de ampararse!  
¡No quede un rincón por verse!  
Muchachos, ¡qué no se escape!"  
Esto en varias direcciones  
Se oía por todas partes,  
Y á pretexto de justicia  
Se aprestaban al pillaje.  
Hormigueaban los curiosos  
Y los valientes que salen  
A ayudar á los que vencen  
Sin que los avise nadie.  
Ya por la atrevida turba  
Empezaba á susurrarse  
Si son ó no comuneros  
Los dueños de aquel paraje,  
Y ya entre ellos empezaba  
El caso á comentarse  
Diciendo que el muerto es noble  
Y de las tropas reales,  
Y pues que aquí dan amparo  
Al que logró asesinarle,  
Traidores son y rebeldes

Los que allí capa le hacen.  
Y comenzaban con esto  
Los villanos á arrimarse  
A los objetos que vian  
De peso y trasporte fácil.  
Ya con voces imperiosas  
Alborotaba el alcalde  
Con lo de "entregarle al rey;"  
Cuando de él mismo delante  
Por dentro abriendo una puerta  
Doña Inés salió á atajarle,  
Vistiendo luto y cercada  
De domésticos y pajes.  
Al ver su bizarro porte  
Y su severo semblante  
Tuviéronse respetuosos  
Y ella rompió en voces tales:  
"¿Qué busca el rey en mi casa?  
¿Por qué tanta gente trae  
Cual si fuera mi alquería  
Castillo que va á asaltarse?  
¿Desde cuándo se acostumbra  
Que así á los nobles se trate,  
Y en el nombre de las leyes  
Sus aposentos se allanen?  
La justicia en hora buena,  
En nombre del rey, que pase;  
Mas los villanos del vulgo  
Que se esperen en la calle.  
Señor golilla, al momento  
Esa gente despejadme,  
Porque desde vos abajo  
No he de responder á nadie."  
Quedó el alcalde aturrido  
De repente al encontrarse  
Con una noble matrona  
Donde supuso jayanes.  
Y haciendo salir la gente  
Con ella á solas quedándose,  
En tono de desagravio  
Empezó por "perdonadme . . ."  
Mas la generosa dama  
Interrumpióle la frase  
Diciendo: "Oigo á la justicia:  
¿Qué tiene el rey que mandarme?  
—Un asesino, señora,  
Que ha conseguido fugarse  
Vadeando el rio, esconderse  
Debe por estos parajes.  
—Supongo que la justicia  
Tan poco honor no me hace  
Que crea que yo le oculto  
Contra el rey por auxiliarle.  
—Señora . . .  
—Podeis entrar  
Mis cámaras adelante,  
Y prender á ese asesino  
Donde quiera que le hallareis.  
—Me basta vuestra palabra:  
Vuestro nombre y vuestra sangre  
Conozco, y en quien sois vos  
Tamaño crimen no cabe;  
Mas tenéis muchos criados.

Sus aposentos dejadme  
Mirar, por si alguno de ellos  
Es conocedor del lance.  
—Todos son criados viejos,  
De quien salgo responsable;  
Mas cumplid vuestro deber  
Como quiera que gustareis.  
La casa tiene bodegas,  
Y horno, y pajar, y corrales:  
Registrad una por una  
Sus divisiones, alcalde."  
Partió el golilla por obra  
A ponerlo, y saludándolo  
Gravemente Doña Inés,  
Volvió en su cuarto á encerrarse.

Mientras abajo el alcalde  
La casa revuelve toda  
Y registrando las cuadras  
Va pasando de una en otra,  
Doña Inés, en su aposento  
Con el caballero á solas,  
De esta manera le dice  
Con taja voz cautelosa:  
"Tomad, caballero, ese oro,  
Que os bastará por ahora  
Para poner con la fuga  
En cobro vuestra persona.  
Un potro abajo os aguarda  
Que os sacará en pocas horas  
Del alcance de las leyes:  
Buscad tierra que os esconda,  
Que yo quedo tras de vos.  
Mas decidme por la honra  
De vuestra fama, ¿le heristeis  
En liza leal?"

—Señora,  
Pedro de Guzman me llamo,  
Y nunca en lid alevosa  
Tomaron parte Guzmanes.  
—Con vuestro nombre me sobra,  
Guzman: por un asesino  
Preguntaron, y mi boca  
No mintió cuando os negaba;  
Ni obré de la ley en contra.  
—Señora, podeis jurarlo  
Sobre las sagradas hojas  
Del Evangelio; le he muerto  
Cara á cara, y sin dolosa  
Estratajema ó ventaja  
Que me fuera valedora;  
Dos eran en contra mía:  
Ved si la razon me abona.  
—Está bien; y pues la casa  
Ya esas gentes abandonan,  
Partid por el lado opuesto,  
Guzman, y el cielo os ocurra.  
—Y si algun dia . . .

—Ya basta,  
Partid.  
—A Dios, pues, señora."

Con una mano en la llave  
Y una lámpara en la otra  
Delante del caballero  
La dama á guiarle pronta,  
Envuelta en cumplida capa  
La descompuesta persona,  
Pronto á seguir el hidalgo  
A su noble bienhechora,  
Sin movimiento quedaron  
Ambos á dos, tumultuosas  
Voces oyendo en el patio  
Sin que la razon conocean.  
Ayes y gritos de espanto  
Y maldiciones rabiosas  
Al mismo tiempo escuchaban,  
Y conocen que se agolpa  
La gente otra vez, pues oyen  
De las pisadas monótonas  
El rumor que va creciendo,  
Y del murmullo la ronca  
Armonía; y por los vidrios  
Ven crecer de las antorchas  
La luz que ilumina el patio  
Do pasa la escena incógnita.  
"¿Qué es esto? dijo la dama.  
—Sábelo Dios, en voz sorda  
La contestó el caballero,  
Presa de angustia recóndita.  
—Esperad," añadió ella;  
Y acudiendo temerosa  
A un corredor que da al patio,  
Por la ventana se asoma.  
Dió un grito que heló en las venas  
De Guzman su sangre toda,  
Diciendo: "Es él . . . ¡hijo mio!"  
La desdichada matrona.  
Corrió el caballero ansioso  
A la vidriera, y la atónita  
Mirada al patio tendiendo,  
Vió su desventura toda.  
En hombros de los criados,  
De la ancha herida en la boca  
Brotando aún la roja sangre,  
Yace Don Juan de Zamora,  
Y de su trage y su rostro  
Por las señas que le toma  
Con ojos desecajados  
De las inmóviles órbitas,  
Reconoce el de Guzman  
En el mancebo á quien lloran  
El mismo á quien en la calle  
Mató por su mano propia.  
Cayó en un sillón la viuda  
Bajo el dolor que la agobia,  
De amargo llanto en los ojos  
Con dos abrasadas gotas,  
Y de rodillas ante ella  
Cayó en silencio en la alfombra  
El matador caballero,  
Víctima á inmolarse pronta.  
"¿Qué haceis? le dijo la dama,  
Así mirándole absorta.  
—Matadme," dijo Guzman;

Y en esta palabra sola,  
Comprendiendo por entero  
Aquella trágica historia,  
"Maldito seas!" le dijo  
La horrorizada matrona.  
Duró un momento el silencio  
De aquesta escena angustiosa,  
Que al fin rompió el caballero  
Con voz apenada y cóncava,  
Diciéndola: "Dios lo quiere:  
Cumplid con su ley, señora,  
Y entregadme á la justicia,  
Pues en sus manos me arroja.  
—Sí, sí, repuso la dama  
Desatinada y furiosa  
Levantándose: es muy justo,  
Y cualquier pena es muy corta  
Para tamaño delito;  
Caiga en tí su sangre toda."  
Y al corredor dirigióse  
Para ponerlo por obra.  
Mas túvose de repente,  
Y con calma, aunque en faz torva,  
Dijole: "Jamás un noble  
Recuerda lo que perdona.  
Caballero, levantaos;  
La vista consoladora  
De ese santo crucifijo  
En el corazón me toca;  
Pues os amparé ignorando  
Vuestra culpa y mi congoja,  
No es justo que conociéndolas  
Os abandone traidora.  
En nombre de Jesucristo,  
Que dió su vida en el Gólgota  
Por salvarnos á los dos,  
Id libre, Guzman.

—Señora . . .  
—Id, y que en cuenta me tome  
Resolucion tan heroica,  
Al llamarme ante su juicio  
En mi postrimera hora."

Atónito el caballero  
Quiso hablar, mas imperiosa  
Abrió la dama la puerta  
Que fuga le brinda cómoda,  
Y mostrando con un gesto  
Una escalerilla lóbrega,  
Tomóla, asiendo la lámpara,  
Y el caballero siguióla.

Volvió á los pocos momentos  
Pálida y acongojada,  
Y cayendo arrodillada  
Ante la imagen de Dios,  
Esclamó, oyendo á Don Pedro  
Que escapaba á toda brida:  
"Señor, si ese hombre lo olvida,  
Tenédmelo en cuenta vos."

Todo lo devora el tiempo:  
 Todo, y el bien como el mal;  
 Como el vicio la virtud  
 Se hundan en su oscuridad.  
 Todo se borra y se olvida,  
 Todo al cabo viene á dar  
 En la sima del silencio,  
 En el caos de la edad.  
 No porque la noble viuda  
 Pudiera olvidar jamas  
 Al hijo de sus entrañas,  
 Al desdichado Don Juan.  
 No ¡por Dios! en su hora última  
 Luchando el alma tenaz  
 Por desasirse del cuerpo  
 Fué este su postrer afán.  
 Mas del hijo y de la madre  
 Ninguno respira ya,  
 Que á aquel le mató Don Pedro  
 Y á esta la mató el pesar.  
 Mas queda el autor del duelo,  
 Y años trascurridos van  
 Desde aquella horrible noche,  
 Y aquel suceso fatal,  
 Y aquel perdón que debió  
 Del cielo á la gran piedad,  
 ¿Quién sabe si en su memoria  
 Borrados al cabo están?  
 ¿Quién sabe si los recuerda  
 Como una aventura mas  
 De su existencia azarosa,  
 De su vida militar?  
 Tal vez: á la corte vuelto  
 Tras largos años Guzman,  
 Ni de Toledo se acuerda,  
 Ni pensó en volver allá.  
 De todo el mundo ignorada  
 La mano que oculta audaz  
 Causó la muerte de un hombre  
 Provocándole á lid tal,  
 Preséntase por do quiera  
 Don Pedro, y do quier que va  
 Recibido es cual merece  
 Caballero tan cabal.  
 Bien mirado por su rey,  
 De grandes en amistad,  
 Sin mas familia allegada,  
 Ni deudos por quien mirar  
 Que un mozo de quince abriles,  
 Hermano suyo carnal,  
 Con buen humor, libre tiempo  
 Y oro largo que gastar,  
 Se encuentra en el apogeo  
 De la dicha mundanal;  
 Y dicen los que le tratan:  
 ¡Dichoso es el tal Guzman!

Y si no lo es, vive Dios  
 Que lo sabe aparentar,  
 Porque es la vida que lleva  
 Un continuo carnaval.

Siempre de un festin en otro  
 Va pasando sin cesar:  
 O amigos se los aprestan,  
 O él á amigos se los da.  
 Las damas de mas belleza  
 Le quieren por lo galan,  
 Los hombres mas envidiosos  
 Por lo franco y liberal.  
 Nadie tiene mas apuros  
 Ni aventuras que contar,  
 Nadie mas oro prestado  
 Que nunca cobrar podrá;  
 Mas nadie tiene un amigo  
 Mas sincero y mas leal,  
 Ni á nadie se halla mas pronto  
 En cualquier necesidad.  
 Salúdanle los mendigos  
 Con silencioso ademan,  
 Porque saben ya que en él  
 Es no tener el no dar.  
 Y como en gastar dineros  
 No va nunca mas allá  
 De lo que pueden sus rentas,  
 Vive sin necesitar  
 Pedir lo que dió prestado  
 A sus amigos, lo cual  
 Hace que eterna le guarden  
 Incólume su amistad.  
 Envíanle los soldados  
 Su brio y porte marcial,  
 Y los cortesanos todos  
 Su noble afabilidad.  
 Recibe su hermano de él  
 Educacion bien cabal;  
 Mas como la suya propia,  
 Educacion militar.  
 Las armas y los caballos  
 Predileccion especial  
 Gozan en ánimo de ambos,  
 Y las fiestas de lidiar.  
 Los toros son y las cañas  
 Su diversion familiar.  
 La caza y el ejercicio  
 Su remedio universal  
 Para matar el fastidio,  
 Y el dolor para calmar.  
 Y como en tales recreos  
 Aliciente es principal  
 La compañía de gentes  
 De activa jovialidad,  
 Todos sus amigos se hacen  
 Alegres hasta cansar,  
 Y á prestarles compañía  
 Todos dispuestos están.  
 Don Pedro, que hombre es de mundo  
 Y de mente perspicaz,  
 Lo ve, lo calla y lo aprecia  
 En lo que vale no mas:  
 Mas no Don Félix su hermano,  
 Que el mundo conoce mal,  
 Y aun en la amistad se fia  
 Y fia en la lealtad  
 De cuantos quieren venderle

Un cariño fraternal.  
 Y aunque sus potros le montan  
 Y usan sus armas, y van  
 A todas partes con él,  
 De él dejándose obsequiar,  
 Ni interes sospecha en ellos,  
 Porque de él es incapaz,  
 Ni sus frases con sus obras  
 Pondera en balanza igual.  
 Y este fué su paso en vago,  
 Este el impulso no mas  
 Que á triste fin le condujo  
 Con violencia fatal.

Alto, robusto y de gentil talante,  
 Aunque apenas aún le apunta el bozo,  
 Es, franco de alma, y de jovial semblante,  
 Don Félix de Guzman, un bravo mozo.  
 Sencillo en el vestir, mas ataviado  
 De la corte á la usanza,  
 De las damas alcanza  
 Tal vez favores, y en secreto amado  
 Es de alguna beldad, sin esperanza.  
 Tal vez pagado él mismo  
 De su belleza juvenil, aspira  
 A un imposible amor que loco admira  
 A traves de dorado idealismo.  
 Doña Ana de Alarcon, noble doncella,  
 Es en su corazon la preferida;  
 Mas ésta, desdichada cuanto bella,  
 A un milanés muy noble prometida  
 Por su familia está, por lazo que ate  
 Políticas discordias elejida,  
 Aunque la fuerza del dolor la mate.  
 Hombre es el milanés en tramas ducho,  
 Y hay quien le juzga de su patria huido,  
 Y que ocultos amaños ha traído  
 Y en favor de Milán maquina mucho.  
 Bien recibido de la corte se halla,  
 Gasta con profusion, y que no tiene  
 Con el gobierno en sus antojos valla  
 Dicen, y se susurra por lo bajo  
 Que mucho á España su amistad conviene,  
 Aunque cuesta creerlo harto trabajo.  
 Don Félix, á quien nadie da pavura,  
 Y que en el milanés ve solamente  
 Una cualquier humana criatura,  
 Va adelante en su amor, harto imprudente.  
 Y prudente anduviera  
 Si á sí mismo no mas se lo fiara,  
 Y á su lengua pusiera  
 Un candado, que á fé que lo acertara.  
 Mas tenia un amigo  
 De quien fiaba sus secretos todos,  
 Que era de él como eterno compañero,  
 Sabedor de sus hechos ó testigo.  
 Joven como él, como él sin esperiencia,  
 De otros varios fiaba sus secretos  
 Y los del buen Don Félix. ¡Imprudencia  
 A que están muchos jóvenes sujetos!  
 Contaba pues sus necios amoríos

E inventaba amorosas aventuras,  
 Y entre sus mal fraguados amoríos  
 Contaba de Don Félix las venturas;  
 Contaba de una dama misteriosa  
 Las encubiertas citas,  
 Y contaba en la noche silenciosa  
 Del dichoso Don Félix las visitas.  
 Contaba como él solo  
 El compañero de esas citas era,  
 Y en la inmediata calle,  
 Por si lance fatal aconteciera,  
 Por acaso ó por dolo,  
 Quedaba las espaldas á guardalle.  
 Y aunque jamas nombraba la persona  
 A quien Don Félix por la reja hablaba,  
 En tan nimias señales se paraba  
 Que á poco que el discreto discurría,  
 Por el sitio y las señas que citaba,  
 La casa de Doña Ana conocía,  
 Y sabedor en tanto del suceso  
 A él nada mas, Don Félix suponía,  
 Y de franqueza le perdió el esceso.

Que en una lóbrega noche  
 En que las nieblas ofuscan  
 La opaca luz que la prestan  
 Las estrellas y la luna;  
 De esas noches en que el aire  
 Con sordas ráfagas zumba  
 Por las esquinas rasgándose  
 Y por las torres agudas;  
 De esas noches que parece  
 Que en hondo caos sepultan  
 Al universo dormido,  
 Y el cielo y la tierra enlutan;  
 De esas noches que recuerdan  
 Las espantosas y absurdas  
 Consejas de las nodrizas  
 Con que á los niños asustan;  
 Noches que traen á la mente  
 Los concilios de las brujas,  
 Los conjuros de los magos  
 Y las sombras insepultas:  
 Como tales, en silencio,  
 A pasos rápidos cruzan  
 Don Félix y el necio amigo  
 Una callejuela oscura  
 De la calle de Doña Ana,  
 Y del real palacio junta.  
 En silencio van los dos,  
 Porque á los dos les ocupan  
 Melancólicas ideas,  
 Cual no las tuvieron nunca.  
 “¿Sabes lo que pienso, Félix?  
 Dijo al pararse en la última  
 Esquina el otro.

—¿Qué piensas?  
 Replicó Félix.  
 —Que es mucha  
 Necedad ir esta noche  
 De nuestra Doña Ana en busca.

—¿Por qué?  
—Porque es imposible  
Que ella á la ventana acuda.  
—¿Por qué?  
—Porque supondrá  
Que con legítima excusa  
No vendrás en una noche  
En que formidables luchan  
Airados los elementos.  
—Y no lo yerras sin duda;  
Mas ya que estamos aquí,  
Volvemos también, en suma,  
Sin ver si sale ó no sale,  
También fuera en mí locura.  
—Como quieras.

—En tu sitio  
Queda pues.

—Félix, escucha:  
¿Ves allí un bulto parado?  
—¿Qué tienes miedo?

—¿Te burlas,  
Félix?  
—No; mas como veo  
Que ese embozado te turba...  
—Dejémosle que se aparte.  
—Juzgo cosa mas segura  
Que le hagamos apartar.  
—¿A la fuerza?

—¿Qué pregunta!  
Si no se aparta de grado,  
A ella es fuerza que recurra.  
—Vamos pues.

—Tú queda inmóvil.  
Que no necesito ayuda.  
—Entiendo."

Y así diciendo,  
Fuése con planta segura  
Don Félix al embozado,  
Que de situación no muda.  
Paróse á tres pasos de él  
Y con gentil apostura  
Dirigióle estas palabras  
Con voz ajena de injuria:  
"Hidalgo, si grave empeño  
Tal vez no os lo dificulto,  
Dejadme libre un momento  
La calle.

—¿Y qué es lo que busca  
En ella vuestra merced?  
—Busco una casa.

—¿La suya  
Tal vez?

—Estime el hidalgo  
La cortesía que se usa  
Con él, y responda atento,  
Que mi paciencia se apura.  
—Perdone el buen caballero,  
Y eche adelante si gusta.  
—Es que os habeis de apartar.  
—Sí haré.

—Gracias."  
Hizo punta  
El embozado hácia arriba,

Tomando en la calle ruta:  
Y echó hácia abajo Don Félix  
Hasta ver por las junturas  
De la reja de Doña Ana  
La luz que en el cuarto alumbraba.  
Pasó por frente á la reja,  
Volvió á pasar, hizo en suma  
Para llamar su atención  
Cuanto no fuera hacer pública  
Con la presencia de un hombre  
De Doña Ana la conducta;  
Mas ni se abrió la ventana,  
Ni se oyó señal alguna.  
Ya el corazón se le prensa  
De los celos con la furia,  
Ya negros y pavorosos  
Presentimientos le turban,  
Y ya dudaba afanoso  
Entre si era ó no cordura  
El volverse ó el quedarse  
Hasta que verdad descubra;  
Cuando hácia él calle adelante  
Vió correr con gran premura  
A su amigo, que le dice:  
"¡Huye, Don Félix!

—¿Qué huya!  
—¿De qué?

—El milanés maldito  
Tenia su gente oculta  
Para dejarte pasar,  
Y con mano mas segura  
Encerrado en esta calle  
Abrierte en su centro tumba.  
—¿Estás seguro que es él?  
—Sí, Félix, sin duda alguna.  
—Ganemos pues la otra esquina,  
Que fuera cosa harto dura  
Morir aquí como perros  
A las manos de tal chusma.  
Pero mañana la mia  
Será la primer figura  
Que á sus ojos se presente,  
Y verémos si su astucia  
De su corazón desvía  
De mi tizona la punta.  
Vamos."

Y así pronunciando  
A alejarse se apresuran.  
Mas no bien á la otra esquina  
Tocaban, cuando á ellos juntas  
Dos espadas se vinieron,  
Que toparon con las suyas:  
Duró la lid un instante  
Y ya vencer se figuran,  
Pues á estocadas los llevan  
Los dos mancebos con furia,  
Cuando corriendo llegaron  
Con las espadas desnudas  
Otros tres por sus espaldas.  
Siguió momentos la lucha  
Como valientes lidiando;  
Mas ¿qué el valor les ayuda,  
Donde á traición contra ellos

Cinco cobardes se juntan?  
Cayó primero D. Félix,  
Y aunque en la tapia se escuda  
Para lidiar cara á cara,  
Los ojos ¡ay! se le anublan  
Con la sangre que derrama,  
Y á cuchilladas le abruman.  
Riñó como bravo el otro,  
Mas fué inútil su bravura,  
Pues todos en torno suyo  
Villanamente se agrupan.  
Y al cabo de unos momentos  
Cayó, con heridas muchas,  
De boca, á impulso de un tajo  
Traidor, sentado en la nuca.  
Tomaron la calle arriba  
Los viles, y en voz confusa  
Unos á otros, marchando,  
Que muertos son se aseguran.

Amanecía apenas  
El inmediato día,  
Cuando sus horas de quietud serenas  
A Don Pedro Guzman interrumpia  
Siniestra y tumultuosa vocería.  
De su casa en la puerta  
Con aldabadas dobles,  
A cuyo impulso sus macizos robles  
Resistencia oponían, pero incierta,  
Llamaban ténazmente;  
Y ya tropel juntábase de gente,  
Y ya Don Pedro presto  
Con prisa airada y soñoliento gesto  
Las ropas se vestía,  
Porque ningún doméstico lo hacía.  
Ya de su larga bata  
Las puntas coje y las presillas ata;  
Y al balcon se dirige,  
Cuando un viejo criado  
Que há muchos años que su casa rige  
Llegó á él con semblante desolado.  
"Fermin, ¿qué es lo que pasa  
(Dijo Don Pedro) para ruido tanto,  
Que parece que á hundir se va la casa?"  
Y amargo llanto derramando el viejo,  
"No salgais (dijo), por el cielo santo.  
—Mas ¿qué pasa? ¿quién es?"

—Es la justicia,  
—¿Y en mi casa qué quiere?  
—Oh! con vos nada.  
—Señor, nada con vos.

—¿Pues á quién busca?  
Fermin, sea cualquiera la noticia  
Que al fin me has de decir, por desastrada  
Que sea, dila pronto.  
—¿Sosegaos, señor!

—Voto á los cielos  
Que valen mas que el susto tus recelos."  
Y tal diciendo con airado tono  
Dirigióse á la puerta;  
Mas el viejo Fermin interponiéndose,

Con sollozos le dijo interrumpiéndose:  
"Vuestro hermano, señor, hoy no ha dormido  
Dentro de casa." Y comprendiendo al punto  
Don Pedro lo demas, lanzó un gemido  
Arrancado al dolor y la ira junto,  
Y apartando al anciano suplicante,  
Lanzóse por los cuartos adelante.  
Al pié de la escalera,  
En hombros de unos hombres compasivos  
Yacía, desgarrando de los vivos  
El corazón, y de su muerte fiera  
Con horribles señales mutilado,  
Don Félix desdichado.  
De siete anchas heridas  
Por las sangrientas bocas  
La vida se le huyó, y compadecidas  
De tan triste espectáculo, pudieran  
En lágrimas romper las duras rocas.  
La horrible escena de dolor y saña  
A que Don Pedro se entregó, sin duda  
Que es á mi pluma estraña:  
Que á períodos poéticos acuda  
Para pintarte con verdad en vano  
Será ¡oh caro lector! llama en tu ayuda  
Tu propio corazón, y pesa el duelo  
Que fuera en él, si un padre ó un hermano  
De modo tal te arrebatara el cielo.  
Con tan grande dolor, con pena tanta  
Don Pedro de Guzman enloquecido,  
Largo rato anudada en su garganta  
Sintió la voz, y se equivocó el sonido.  
Y sobre los despojos  
Del infeliz hermano  
Llanto vertieron sus nublados ojos;  
Trémula y fria separó su mano,  
A su dolor cediendo sus enojos;  
Mas luego que en su mente  
Volviéron á ordenarse las ideas,  
Y al corazón ardiente  
Volvió el valor un punto adormecido,  
La centelleante vista de repente  
Tendió por el concurso enmudecido,  
Diciendo con acento enronquecido:  
"¿Quién fué el traidor cobarde  
Que en un mancebo imberbe todavía  
De tan salvajes iras hizo alarde?"  
Y en derredor tendió fiera mirada  
Guzman, mas nadie le repuso nada.  
"¿Todos, dijo Don Pedro, aquí lo ignoran?  
¿Todos callan! ¡pardiez; ¿dónde fué muerto?  
¿No hallaron la verdad los que le lloran,  
Los que le traen á domicilio cierto?  
¿Quién le reconoció? ¿quién pudo acaso  
De quien le recojió guiar el paso?"  
Volvió á tender en torno su mirada  
Guzman, y nadie le repuso nada.  
Entonces ya con tono descompuesto  
Y semblante iracundo,  
Hijo de su pesar justo y profundo,  
A un alcalde de corte que con gesto  
Impasible y severo le había oído,  
Cuya ronda á su hermano ha recojido,  
Dirigióse Guzman, así diciendo: